

Obsequios de amor del Sol y la Luna

El sol ilumina nuestro cielo. Año tras año nos da la luz que hace crecer a nuestros hijos, a los seres pequeños y a las grandes bestias, que abre nuestros ojos cada mañana para mostrarnos los colores y las formas. Muchas son las historias que se cuentan de este astro imponente. Pero yo quiero contar una que quizás nunca nadie antes contó, una diferente, que ocurrió cuando se hizo la luz.

En esa época todo era distinto, reinaba el silencio y la oscuridad. Sol tenía un arduo trabajo: ahuyentar las tinieblas, echar fuera la negrura. Era un monarca solitario. No tenía compañera y buscaba una bella realeza que pudiera completar su reinado. Necesitaba un amor que le diera alegría, placer, que fuera hábil y le ayudara en su labor. Como no encontrara nada que estuviera a su magna altura, decidió crear a su pareja. De un pedazo de luz, Sol hizo a su amada. Con una parte de si creó a Reina Luna, como él quiso llamar a su amante esposa.

Desde ese día el cielo fue comandado por un rey y una reina que cuidaban en perfecta unión a todo el universo. Lo iluminaban con amor y la felicidad de Sol era tal, que se veía reflejado en sus ojos, porque su esposa era una bella hacedora, amiga y compañera, que siempre le ayudaba.

Un día, Sol tuvo que ausentarse para ir a atender una emergencia astral. Partió sin preocupaciones, pues sabía que su Reina Luna podría atender todo el trabajo sin ningún problema. Él mismo la había instruido para tales labores.

Luna, sin embargo, tenía su propia naturaleza. Era una reina bondadosa, bella, encantadora, con un corazón enorme. Se quedó regentando sola, haciendo todo con mucho esmero.

Ningún reino es perfecto y nunca todo es alegría. La reina descubrió tristemente que la realidad no era como pensaba, había mucha soledad y pena. En esa época las estrellas estaban marginadas, eran solo pequeños puntos sin luz a la deriva en la enorme bóveda celeste. Una multitud, siempre maltratada. Reina Luna sintió en su alma la urgente necesidad de ser caritativa. Empoderada como estaba, decidió donar la parte luminosa que en ella había para darla a las estrellas.

Desde ese día en adelante todo brillo; el universo se convirtió en un reino de luz que irradiaba desde lo más lejano hasta lo más cerca, nadie fue más pobre porque todos los astros compartieron el regalo de la Reina Luna. Brillaban ricos y pobres, nobles y plebeyos por igual.

Cuando el Rey Sol regresó, vio que todo estaba cambiado, había un desorden total. La popularidad de Reina Luna era absoluta. Todos la alababan, hablaban de que ella había llegado para traer al mundo una nueva era, de que el futuro sería promisorio para todos. El Rey Sol se sintió despreciado y esto lo enfureció. Estaba ciego de celos, rojo de ira por este nuevo orden en su reino. Gritaba, como jamás antes lo había hecho, exigiendo que Reina Luna le diera una explicación.

Ella, temerosa de la reacción de Rey Sol, se responsabilizó. Dijo con profunda tristeza que ella había repartido su amor entre todos los que conformaban el pueblo, porque muchos sufrían y ella consideró que así actuaba en justicia.

Sol dijo que sus argumentos era infantiles, faltos de estrategia para la gobernabilidad, lo que propiciaba un caos de proporciones y desestabilizaba la organización social que hasta entonces había imperado. Gritaba y la insultaba, de su boca le salían espumas naranjas de rabia. Y Luna iba entristeciéndose cada vez más, perdiendo su dulzura y delicadeza.

El Rey Sol convocó a los súbditos y dijo: “La señora Luna ha sido insolente, pero lo que más me enoja es que no haya valorado debidamente el regalo que le di. Por mucho tiempo estuve solo y cuando por fin decido que quiero tener una compañera, vuelco parte de mí en este ser que, en cuanto me alejo, me traiciona. Confié mi reino entero al amparo de sus ojos y ha terminado por arriesgar y perder todo lo que es mío. Es con tristeza que promulgo esta condena: El que me traiciona tiene como destino ser exiliado. Luna ya no es más mi amada y se irá a la oscuridad.”

Emprendió Luna su camino acongojada y triste. Su vida terminaba en ese instante. Pero a poco andar, ya no iba sola; a su lado marchaba una multitud, sus compañeras y amigas las estrellas querían mostrarle su agradecimiento. Ella, emocionada, lloró. Tanto fue su llanto que el maquillaje se le deshizo.

Luna tomó posesión del infinito. La marginación a que Sol la había sometido la tenía pálida y triste. Tampoco podía olvidar la enorme atracción física que sentía por Sol.

El cielo había quedado dividido. A un lado estaba la esposa y al otro el marido. En la claridad dominaba Sol y Luna en el reino de lo oscuro.

Luna no estaba sola, tenía a sus amigas las estrellas y a los astros. Para borrar la injusticia cometida por Sol, decidió entonces ordenar su vida para concretar su venganza.

Por ello ocurre ese fenómeno celeste que, de tarde en vez, hace que la tierra se oscurezca y el día se torne noche. Es cuando la reina huye de su reino oscuro y por un instante enfrenta al rey. En un acople celestial ella tira a Sol contra el firmamento y lo posee, cubriéndole con su cuerpo, eclipsando su poder, obligando al universo brillante a vivir la sentencia de una oscuridad total. Así obtiene esta singular amante, por breves momentos, ese placer que le deja la cara teñida de rojo y logra además la atención de todo el cosmos.